

doce pescadores de los lagos de Judea, é incomparablemente es menos difícil hacer adorar á un ciudadano francés del siglo XIX, que á un Judío del siglo de Augusto. En el primer caso, basta des- prender á los pueblos de una religion enemiga declarada de todas las pasiones siempre coligadas para sacudir su yugo, y en continua inteligencia con cualquiera que se presente para librarles de ella; en el segundo, fué preciso desprender á los pueblos de una religion que halagaba todas sus pasiones, y que contaba con tantos formidables auxiliares cuantos son los malos instintos que germinan en el corazon del hombre.

Considerando el establecimiento del Cristianismo únicamente por el lado de la dificultad de la empresa y de la debilidad de los medios, aun admitiendo que sea el Cristianismo un sistema razonable, ya veis que en pocos pasos llegamos al último grado del ridiculo, si queremos explicarlo por causas puramente humanas. Sin embargo, no hay efecto sin causa, y por mas que hagais y digais, el Cristianismo es un hecho; ahora bien, no pudiendo explicar su establecimiento causa alguna humana, es preciso, á menos de admitir un efecto sin causa, reconocerle una causa divina; Dios ha intervenido en ello, y habiendo Dios intervenido, debemos concluir que el Cristianismo es verdadero, únicamente verdadero, completamente verdadero, eternamente verdadero; siendo el Cristianismo verdadero, todas las objeciones que se hagan contra él son falsas, pues es imposible la existencia de verdades contradictorias; luego ante el solo hecho del establecimiento del Cristianismo, todas las objeciones pasadas, presentes y futuras contra el dogma, la moral y el culto del Cristianismo caen por sí mismas, como la bala del árabe fugitivo contra la pirámide del desierto; así pues, podemos despreciarlas sin excepcion alguna, y dispensarnos de contestar á ellas.

Aniquilar de un solo golpe todas las objeciones, tal es el primero, el inmenso beneficio que se desprende del hecho del establecimiento del Cristianismo.

3.º Las objeciones convertidas en pruebas.—El hecho del establecimiento del Cristianismo no solo anula enteramente todas las objeciones, sino que las convierte en pruebas, como vamos á demostrar. Bastante tiempo se ha dado libre curso á la impiedad contra la Religion, para que no sea permitido usar de represalias, y

volver contra ella sus mismas armas; el incrédulo ha transformado muchas veces al cristiano en idiota, para que encuentre á mal que el cristiano le transforme á su vez en apologista.

2.º A los ojos de los incrédulos, el Cristianismo no llega á ser un sistema razonable, y descubren en él infinitas cosas que, segun ellos, se oponen al sentido comun; sus objeciones contra el dogma atacan la misma existencia de nuestro Señor, la cual no es para ellos más que una fábula, lo mismo que los doce Apóstoles convertidos por ellos en los doce signos del zodiaco, y rechazan todos los misterios, cuyo conjunto forma un tejido de absurdos y de utopias, buenas únicamente para divertir ó asustar al pueblo, á las mujeres y á los niños; de lo que deducen que siendo Dios la misma verdad, no puede revelarlos. En cuanto á la moral, sostienen que es una coleccion de leyes y de prácticas anticuadas, inútiles, arbitrarias y supersticiosas las unas, y las otras imposibles de practicar, contrarias á las mas legítimas aspiraciones de la naturaleza y á los imprescriptibles derechos de la libertad humana; de lo que deducen que siendo Dios infinitamente justo é infinitamente sabio, no pudo ser su autor. De una parte lo absurdo, de otra la imposibilidad ó inutilidad, tal es el juicio de los incrédulos acerca del Cristianismo; mas para este doble ataque contra el dogma y contra la moral tenemos una doble defensa, y una defensa victoriosa, que la misma incredulidad nos proporciona.

1.º En cuanto al dogma. Hace poco hemos visto, y bien visto, que aun admitiendo el Cristianismo como un sistema razonable, es imposible explicar su establecimiento por medios humanos, y que es preciso recurrir á los milagros. Decís ahora que el Cristianismo no llega á ser un sistema razonable; que su dogma es falso, increíble, absurdo en muchos puntos, con lo cual aumentais considerablemente la dificultad, tan grande ya, de hacerle aceptar; con nueva fuerza demostrais la existencia, la necesidad, el número, la grandeza, el poder de los milagros que han hecho que el universo se persuadiese de su verdad. Cuantas mas son vuestras objeciones, cuanto mayor es su fuerza, mas aumentais la dificultad de la empresa, y por consiguiente demostrais mas claramente la certeza y la fuerza omnipotente de los milagros que han sujetado al yugo de la fe cristiana las razones mas poderosas, la razon de todo el género humano.

Me la demostrais á mí que no la dudo, pero que tengo un placer

al veros transformado en apologista; la demostrais á vos mismo, que en breve no podréis dudarla, pues precisamente deberéis hacer el siguiente raciocinio: «Mis objeciones contra los dogmas del Cristianismo no son nuevas; todas, y otras muchas mas, fueron hechas, al aparecer el Cristianismo, por los herejes y filósofos gentiles¹; todos los misterios cristianos han sido atacados con argumentos, con la ciencia, con la historia y con toda clase de objeciones, «y esto con una superioridad que jamás he logrado sobrepasar; todos han sido parodiados y ridiculizados en los teatros, y entregados al desprecio, al odio, á la irrisión de un público que oía mentarlos por primera vez; si pues, á pesar de mi educacion en un país cristiano, á pesar del ejemplo de tantos grandes hombres que han creído, de tantas personas no menos ilustradas que yo que continúan creyendo, á pesar de una posesion pública de diez y ocho siglos, me parece el dogma del Cristianismo tan absurdo, tan contrario á la razon, que tengo por imposible el creer en él; ¿qué debió parecer al mundo gentil sino un escándalo que no dejarían pasar desapercibido las inteligencias cultas, una locura propia para atraerse todos los sarcasmos, para provocar la risa de todos, para ser de todos despreciada? Cuanto mas siento la fuerza de las objeciones, mas elevo á mis ojos aquel escándalo y aquella locura, y «por consiguiente la imposibilidad absoluta que tenia el mundo gentil para creer en el Cristianismo.

«Sin embargo, el dogma cristiano que yo miro como un conjunto de ridiculeces, ó mejor como un tejido de absurdos, de contradicciones, de imposibles, ha sido creído por el universo fiando en las palabras de doce pescadores judíos, y lo ha sido en el siglo de Augusto, es decir, en el siglo por excelencia de la filosofía, de la elocuencia, de las artes y de las luces.

«Lo ha sido á pesar de las advertencias mil veces repetidas de los herejes y de los filósofos, quienes no cesaban de aturdir sus oídos con lo mismo, mismísimo que me digo á mí mismo, esto es, que el dogma del Cristianismo no es otra cosa que un tejido de contradicciones y de absurdos.

«Lo ha creído á pesar de Neron, de Domiciano, de Diocleciano, «y de los leones, tigres, hogueras y garfios de hierro, empleados para impedir su creencia.

¹ Consta que desde el siglo iv no se ha hecho ninguna objecion nueva contra el Cristianismo.

«Lo ha creído en todas las regiones del globo, en Jerusalem, en Atenas, en Roma, en Oriente y en Occidente; y no lo creyó, no lo profesó, á pesar de los verdugos, únicamente el populacho, «no; profesáronlo así los ricos como los pobres, los cónsules y los senadores, los generales y hasta los filósofos que antes lo impugnaran, todas las clases y todas las edades, desde el primero hasta el último.

«¿Cómo explicar hecho tan incomprensible? solo hay dos medios: «el delirio ó el milagro; éste no lo admito, pues si lo admitiera, sería católico; queda, pues, el delirio; pero ¿quién lo experimenta? «¿Soy yo acaso? ¿Puedo estar seguro de tener yo solo razon contra todo el mundo? ¿Puedo estar seguro de ser yo solo sabio des- «preocupado entre todos los mortales? ¿Puedo tener una razonable «confianza en objeciones que ninguna fuerza tienen en sentir de los demás hombres, y que quizás me parecerian ilusorias á mí mismo, si mi corazon no extraviase mi entendimiento? Me creo sabio, «y el mundo todo me dice que soy víctima de vanos errores; ¿diría el mundo mentira? No, pensarlo sería locura. Tal es el resultado de todas mis objeciones contra los dogmas del Cristianismo; «tan bien lo he hecho, que todas se han convertido en pruebas indestructibles, y me hallo encerrado en un círculo de hierro, el cual «solo tiene dos salidas: delirio ó milagro; loco ó católico; no hay «otro medio.»

2.º En cuanto á la moral. Todas las objeciones, las rebeliones todas de la naturaleza y de las pasiones contra los preceptos del Evangelio, tienden ó probar que son inútiles, impracticables, anticuados, contrarios á la razon, á la legitima libertad del hombre, ó al menos que pueden seguirse ú olvidarse sin mal alguno; dado caso que así sea, ¿qué resultaria? La prueba palpable tambien de la existencia, de la necesidad, del número, de la grandeza y del poder de los milagros que obligaron al mundo á sujetarse al yugo de la moral cristiana. Cuanto mas fuertes y numerosas son las objeciones, mas aumentan la dificultad de la empresa, y por consiguiente dan nuevo brillo á la fuerza victoriosa de los milagros que triunfaron de la resistencia del universo.

Tambien aquí el incrédulo se halla transformado en apologista involuntario, pues se ve obligado á decirse á sí mismo: «La moral «del Cristianismo era, hace diez y ocho siglos, la misma que ahora; «yo la califico en muchos puntos de inútil, de potestativa, de anti-

«cuada, de impracticable, y de contraria á mi razon y á mi liber-
«tad, y la califico así, porque siento su imposibilidad, su inúti-
«lidad; yo soy quien proclamo la libertad de elegir entre sus pre-
«ceptos los que me convienen, y de despreciar los que no me gus-
«tan. Pero ¿quién soy yo? yo, nacido en el seno del Cristianismo;
«yo, acostumbrado desde la infancia á mirar la ley evangélica co-
«mo una ley divina y obligatoria en todos sus puntos; yo que he
«crecido y vivido rodeado de ejemplos que me predicán la ne-
«cesidad absoluta de la moral del Cristianismo y la posibilidad de
«cumplirla.»

«Si pues, á pesar de todo, me parece inútil, imposible, potesta-
«tiva, ¿con cuánta mayor razon debió parecerlo al mundo gentil,
«abismado en los placeres sensuales, al serle anunciada por la pri-
«mera vez? ¿Cómo, pues, tantos jóvenes de carne y hueso como yo,
«pues no hubo pocos en Oriente y en Occidente desde Neron hasta
«Dioleciano, tan débiles, tan fogosos como yo y quizás mas; cómo
«tantos hombres de todas edades, de todas clases, y de todos países;
«generales, soldados, literatos, filósofos, legistas, médicos, senado-
«res, mercaderes, magistrados, artesanos, todos hombres como yo,
«pudieron aceptar como verdadera, como obligatoria, como posible,
«una moral que yo declaro falsa, potestativa é imposible? ¿Cómo se
«sometieron á ella con tanta docilidad? ¿Cómo la observaron en to-
«dos sus puntos con tan sostenida perfeccion, entonces que para
«practicarla era preciso no solo encadenar pasiones, alimentadas
«desde la cuna por hábitos contrarios, robustecidas por el ejemplo
«universal, y consagradas por la Religion; variar completamente
«sus ideas, sus gustos, sus costumbres, y romper por consiguiente
«unas cadenas en comparacion de las cuales las mias no son mas
«que guirnalda de flores; sino tambien, para hacer mas fácil y mas
«universal la práctica de una moral falsa, potestativa é impractica-
«ble, consentir en ser renegado por sus parientes, despojado de sus
«bienes, insultado por todos, azotado hasta verter sangre, marcado
«en la frente con un hierro candente, enviado á galeras, con la úl-
«tima esperanza de ser asado vivo, ó destrozado por las garras de
«un leon de África ó por un oso de la Germania, entre los aplausos
«de todo un pueblo?»

«¿Cómo explicar hecho tan incomprensible? Solo hay dos me-
«dios: el delirio ó el milagro, loco ó católico, no hay otro. ¡Tal es
«el nuevo resultado de todas mis objeciones contra la moral del Cris-

«tianismo! De grado en grado he llegado á demostrar, mejor que
«todos los apologistas juntos, la imperiosa necesidad, la indestruc-
«tible certeza de los milagros que vencieron la mas terrible oposi-
«cion que jamás existió; la de la debilidad del corazon humano y de
«todas las pasiones del mundo entero coligadas contra la moral evan-
«gélica. Además, esta demostracion tiene la pérfida propiedad de
«robustecerse en razon directa de mi oposicion, es decir, que cuanto
«mas siento la fuerza de mis objeciones, cuanto mas vivas son mis
«pasiones, mas pesadas son sus cadenas, y comprendo mejor la ne-
«cesidad y la fuerza irresistible de los milagros que triunfaron de la
«oposicion y de las pasiones del género humano, y que le han obli-
«gado, á costa de su sangre, á aceptar y á practicar una moral cuya
«imposibilidad nadie conoce mejor que yo; así pues, nadie como yo
«tiene tantos motivos para creerla y practicarla, y á menos de co-
«meter el mas vergonzoso de los pecados mortales, el de los tontos y
«cobardes, el pecado de inconsecuencia, debo ser cristiano de creen-
«cia y de accion.»

En cuanto á nosotros, católicos, podemos sacar un maravilloso
provecho de las objeciones de la incredulidad, tranquilamente atrin-
cherados detrás de este hecho inexpugnable: EL MUNDO ADORA Á UN
JUDÍO CRUCIFICADO, esperarémos á pié firme á los incrédulos y á los
impíos; en vez de turbarnos por sus objeciones, en vez de estudiar el
modo de contestar á ellas, harémos lo mismo que los hijos del siglo
en el teatro, contentándonos con mirar, escuchar y aplaudir, y quan-
do hayan vociferado, disputado, argumentado á discrecion, les diré-
mos: «Animo, señores, reunid, multiplicad, robusteced, exagerad
«vuestras objeciones; elevadlas como montañas; minad todos los fun-
«damentos del Cristianismo, destruid las profecias, negad los mila-
«gros, refutad la divinidad de Jesucristo, transformad la Religion en
«un tejido de utopias, de cosas inútiles é imposibles; cuanto mas ah-
«surdos parezcan sus dogmas é impracticable su moral, cuanto mas
«débiles, ignorantes y despreciables sean los Apóstoles, cuanto ma-
«yor sea el talento, el saber, la elocuencia, el crédito de Celso, de
«Porfirio, de Voltaire, de Rousseau y de todos los enemigos del Cris-
«tianismo, mas se robustece mi fe, y se hace mas palpable vuestra
«locura, pues jamás se demostró mejor que la adoracion de un Judío
«crucificado por todas las naciones civilizadas del globo es un hecho
«inexplicable, evidentemente superior á las fuerzas humanas, y por
«lo tanto evidentemente divino: *Incredibile, ergo divinum.*»

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dado un medio tan fácil para defender mi fe; ayudadme para que lo comprenda bien, á fin de usarlo con buen éxito, ya para mí, ya para los demás.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *estudiaré con cuidado las pruebas de la Religion.*

LECCION XXIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

Medios de conservacion: el presbítero, los Santos, las Órdenes religiosas; — de propagacion: las misiones.—Descripcion de las herejías.—Padres y Doctores de la Iglesia.—Concilio de Nicea.—La Iglesia atacada: Arrio.—Juicio de Dios sobre Arrio.—La Iglesia defendida: san Atanasio;—propagada; san Frumencio en Etiopia.—Conversion de los iberos.

Despues de trescientos años de sangrienta lucha, vemos al Cristianismo vencedor sentado con Constantino en el trono de los Césares; la nueva Religion establecida, consagrada públicamente por reina del mundo: su saludable accion se hace sentir en todas partes, y regenera al hombre en su razon, en su corazon y en su cuerpo, libertándolo de la vergonzosa esclavitud del error, del crimen y del despotismo brutal. ¿Qué mas tenia y tiene que hacer el divino Fundador de la Iglesia, sino conservar y extender su obra á fin de que todas las generaciones puedan aprovecharse de sus beneficios?

Decimos en primer lugar conservar, pues el primer cuidado del Salvador, despues de haber establecido el reino del Evangelio, será mantenerlo y defenderlo. ¡Cómo! ¿puede tener enemigos una Religion tan santa, tan verdadera, tan bienhechora? Imposible parece á primera vista; por el contrario, despues de haber introducido tantas y tan saludables reformas en las leyes, en las instituciones y en las costumbres públicas, era natural que el Cristianismo, amado, querido y respetado, solo encontrase hijos sumisos y fieles discipulos. Sí, así parece, mas en realidad no pudo ser de este modo.

Las consecuencias del pecado relativamente al hombre son minóradas, no destruidas por el Cristianismo, pues la obra de la redencion no se consumará sino en el cielo; mientras tanto, habrá siempre lucha: lucha intelectual, *es necesario que haya tambien herejías*; lucha moral, *necesario es que vengan escándalos*; lucha física, *por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios*¹. Todo

¹ I Cor. xi, 19; Matth. xviii, 7; Act. xiv, 21.